

La envidia

Por ENRIQUE GUARNER

A lo largo de la historia de la civilización, los seres humanos han reconocido como uno de los problemas más dolorosos de su existencia el sentimiento de la envidia. Esta emoción surge siempre que uno se compara y desea aquellos atributos o posesiones de otra persona. Aunque la envidia puede ser observada en el mundo animal, es en el hombre en quien adquiere una significación especial. La razón parte de que la sociedad opone trabas a que se manifieste por motivos adaptativos y para impedir que la agresión derivada destruya la cultura. Por ello la persona envidiosa es universalmente impulsada a sentir vergüenza y dentro de la iglesia se le acusa de padecer uno de los pecados capitales.

Hasta donde conozco, el tema de la envidia aparece raramente tratado en la literatura. El poeta lírico griego Hesiodo que vivió en tiempos de Homero, decía: «El alfarero envidia al alfarero, el artesano al artesano, el músico al músico, el poeta al poeta y hasta el pobre al pobre».

El filósofo inglés Bernard de Mandeville, autor de la «Fábula de las abejas» en el siglo XVIII, trató de probar que la envidia era una pasión conveniente y hasta útil. Afirmaba que es tan natural en el hombre como el hambre o la sed y que se la puede descubrir tanto en los caballos como en los perros. Añadía a continuación: «Si queréis que vuestros hijos se odien entre ellos, mimad a uno más que al otro y lo conseguiréis». Según Mandeville, cuando dos mujeres jóvenes se conocen buscan de inmediato sus partes más ridículas, pero refrenan lo que sienten cambiándolo por mutuas adulaciones. Sin embargo, el filósofo británico confunde la competencia y emulación con la envidia, al asegurarnos que Rafael no habría sido célebre como pintor si no hubiera envidiado a Miguel Ángel.

Otros autores que se refieren al deseo de las posesiones de otro incluyen a Francis Bacon, Eugenio Sue y Raiga. Sin embargo, la mayoría de ellos muestran al hombre envidioso como resultado de la mala suerte y no parten de la etapa del desarrollo.

En 1921, Sigmund Freud se refirió al problema de la envidia en su libro «La psicología de grupo y el análisis

del yo». En este ensayo el creador del psicoanálisis postula que el niño compite por el afecto de la madre desde el momento en que le nace un hermano. Es en este instante cuando surge la envidia, porque se pierden los privilegios y toda la atención se vuelca hacia el recién llegado. Los padres reprimen su hostilidad y le obligan a identificarse con el menor.

Esta formación reactiva, o sea, expresión de lo contrario de lo que se siente, hace que en la vida adulta se proclame la idea de la justicia y se pida un tratamiento igual para todos. Según Freud el pensamiento se transforma en «si uno no puede ser el favorito, entonces que éste no exista». De aquí se derivaría el que la envidia se reemplace por la solidaridad del grupo. Por lo tanto, lo que aparece en la sociedad como el espíritu de un conglomerado no es otra cosa que el resultado de la envidia original negada.

Sin embargo, Freud asegura —que alguien toma el mando y afirma: «No olvidemos que la demanda para la igualdad y la justicia social, sólo se aplican a los miembros o la masa, pero siempre existirá un líder supremo que regulará los deseos del grupo».

La psicoanalista Melanie Klein escribió en 1957 un libro que intituló «Envy and gratitude». En él, la autora hace una diferenciación entre la envidia, los celos y la avaricia. En el sentimiento envidioso siempre surge la cólera, porque alguien posee algo que vehementemente se desea. El impulso es destructivo y se busca dañar al objeto, es decir, la relación se desarrolla entre dos personas.

Los celos se fundan en la envidia pero se establecen entre tres seres humanos. En ellos se siente que el amor hacia alguien nos ha sido arrebatado por un rival. Por último, en la avaricia surge un deseo imperioso e insaciable de poseer un objeto que nunca puede satisfacerlos.

Para Melanie Klein los tres sentimientos parten de la relación con la madre. La envidia se produce cuando el niño está indefenso y carece de seguridad para sobre vivir. Los celos se derivan de la presencia del padre y la avaricia es un intento por devorar a la progenitora.

Características del individuo envidioso

Debo decir antes que nada que no se puede concebir la envidia sin la persona hacia quien se siente la misma. Na-



die puede sufrir la emoción sin conocer al objeto o por lo menos imaginarse cómo es. Quien desea algo del otro no quiere que este último muestre el mismo sentimiento en reciprocidad. En el fondo lo que se desea es que el individuo envidiado sufra un castigo. Por ello sus posesiones deben ser robadas y él humillado o herido en su orgullo.

La primera fase cuando se siente envidia parte de la inseguridad en uno mismo y de la insatisfacción con aquello que se ha logrado y obtenido. Siempre está involucrada una suspicacia sobre nuestro propio valor. Las dudas se repiten inconscientemente en nuestra mente. Expresadas en palabras significan: «yo no soy justipreciado, él sí lo es». La parte inicial puede permanecer sumergida en la mente, pero la segunda que da lugar a la hostilidad pronto se hace manifiesta. La segunda fase de la envidia se produce al compararse uno mismo con el otro. Esto puede suceder de manera real o imaginaria.

Este periodo descrito por Freud parte de la infancia, cuando uno se equiparaba con los hermanos y otros niños. Aun entonces la insatisfacción de no sentirse amado por los padres provocaba un sentimiento de tristeza y posteriormente la idea de la inferioridad.

Todo el proceso de la envidia puede ser exclusivamente inconsciente y uno se siente nada, adjudicándole aspectos superiores al rival. La fantasía hace que pensemos en la nulidad de lo que somos y hemos obtenido y es entonces cuando devaluamos al enemigo negándole cualidades, como asegurar que su éxito se debe a una cuestión de suerte. Sin embargo, la mente del envidioso nunca cede y se encuentra siempre con evidencias de que el rival es poderoso.

La envidia entre los géneros

Las ideas de Freud sobre la psicología femenina están expresados en numerosos escritos pero donde se encuentran expuestas con mayor amplitud es en «Nuevas aportaciones al psicoanálisis» de 1933. En esta obra el genio vienés nos habla de que el desarrollo del carácter femenino está determinado por una característica anatómica esencial formulada en términos negativos: la falta de pene.

Esta ausencia es considerada como una deficiencia por parte de la mujer y sus actitudes, emociones y deseos son en alguna forma reacciones ante este defecto y como consecuencia la envidia hacia el hombre.

Karen Horney en 1924 consideró la interpretación freudiana de la psicología femenina como un producto del narcisismo masculino y se opuso a ella. Aunque esta autora reconoce que la mujer se halla constitucionalmente en desventaja sí se le compara con el varón en cuanto a tendencias sexuales; un factor pasó desapercibido para Freud: la maternidad.

Horney dice: «Cuando la mujer alcanza la madurez y se convierte en madre, una gran parte de su vida sexual (quizás mayor que la del hombre) en lo que respecta a su poder creador pasa a ella». La autora añade: «La tremenda fuerza que tiene el hombre y su impulso hacia el trabajo creativo en todos los campos, ¿no se debe en realidad al sentimiento de que representa un papel relativamente pasivo en la creación de seres vivientes? Sentimiento que lleva a los hombres en todo momento a compensar esa deficiencia, mediante realizaciones».

Por lo tanto, creo que la envidia del pene es relativa y que el hombre y la mujer son distintos, pero se complementan y juntos forman una unidad. Son dos aspectos de la misma esencia. Los dos sexos por diferentes que sean, están hechos el uno para el otro y se integran formando la bipolaridad de la vida.